

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

7

JULIO—SEPTIEMBRE

1942

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

LIC. ALFONSO NORIEGA, JR.

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... dls. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

Sumario

FILOSOFIA

	Página
José Medina Echavarría	<i>Arte y Sociedad</i> 11
Juan Roura-Parella	<i>El comprender como método de las ciencias del espíritu</i> 23

LETRAS

Julio Jiménez Rueda	<i>En el centenario de San Juan de la Cruz</i> 43
Mario Mariscal	<i>Ignacio Rodríguez Galván: un destino romántico</i> 57
José Luis Martínez	<i>Glosas a la "Danza de la Muerte"</i> 67

HISTORIA

Arthur Prudden Coleman	<i>La Cultura Eslava (III)</i> 81
Agustín Millares Carlo	<i>Dos notas de bibliografía colonial mexicana</i> 95

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Filosofía

José Gaos	<i>El peligro del hombre. (Antonio Caso.)</i> 111
---------------------	---

	Págs.
Eduardo García Máynez . . .	<i>Lógica.</i> (Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli.) 117

Letras

Rafael Heliodoro Valle	<i>Toponimias Nahuas. Normas para la interpretación de toponímicos de origen náhuatl y análisis etimológicos de trescientos de ellos.</i> (José Ignacio Dávila Garibi.) 121
L. Ferrán de Pol	<i>Areopagítica.</i> (John Milton.) 122
José Carner	<i>Agustín F. Cuenca. El prosista. El poeta de transición.</i> (Francisco Monterde.) 124
Agustín Millares Carlo	<i>Los maestros de la bibliografía en América.</i> (José Torre Revello.) 126

Historia

F. Giner de los Ríos	<i>Historia contemporánea de Europa. 1878-1919.</i> (G. P. Gooch.) 129
Agustín Millares Carlo	<i>Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés.</i> (Ramón Iglesia.) 132
Noticias 137
Publicaciones recibidas 143

En el Centenario de San Juan de la Cruz

Definen los tratadistas a la mística "como las relaciones naturales secretas, por las cuales eleva Dios a la criatura sobre las limitaciones de su naturaleza y la hace conocer un mundo superior al que es imposible llegar por las fuerzas materiales ni por las ordinarias de la Gracia". 1 En esta definición interviene Dios; pero la criatura se lanza mediante su ayuda a rebasar sus limitaciones, a descubrir una ruta nueva. Descubrir, ahí está el verbo caro a los hombres del dieciséis.

El mundo comenzaba a ser estrecho para las ambiciones desmedidas del renacentista. ¿Descubrir un continente?, ya lo habían realizado los navegantes de España y Portugal que transformaron la cultura mediterránea en atlántica, es decir, en universal. ¿Descubrir la ruta de las Indias?, ya Vasco de Gama, Magallanes y Sebastián El Cano habían recorrido el océano para desvelar el secreto de Marco Polo. Había que descubrir el cielo, seguir los círculos que habían llevado a Dante a la presencia de Dios con la ayuda del amor. Luego, ¿había una ruta que no fuera la explorada por los teólogos para llegar a la fuente de la sabiduría suprema, de la belleza suprema, de la justicia suprema? Sí, no era la razón sólo, la fuerza capaz de alcanzar la visión celeste que perseguían los mártires, los apóstoles, los ascetas. Había otra con poder suficiente para abrir de par en par las puertas del Paraíso, y ésta era el amor.

Amor, palabra mágica como el verbo descubrir, para los hombres del siglo dieciséis. Recordemos la magnífica exaltación que uno de los escritores de la época hace en *El Cortesano*, paradigma de la vida renaciente. Cuenta Baltasar de Castiglione al final de su libro admirable, que Pedro Bembo, más tarde cardenal de la Iglesia y protector de los artistas, al final de una de las veladas con que la Duquesa de Urbino regalaba a sus

invitados, prorrumpió en la más exaltada de las loas que se le pueden haber dedicado al Amor, y que guarda sólo comparación con los más hermosos ditirambos del Banquete platónico. "Vuélvese asimismo por contemplar aquella otra hermosura que se ve con los ojos del alma, los cuales entonces comienzan a tener gran fuerza y a ver mucho cuando los cuerpos se enflaquecen y pierden la flor de su lozanía. Por esto el alma apartada de vicios, hecha limpia con la verdadera filosofía, puesta en la vida espiritual, ejercitada en las cosas del entendimiento, volviéndose a la contemplación de su propia sustancia, casi como recordada de un pesado sueño, abre aquellos ojos que todos tenemos y pocos los usamos, y ve en sí misma un rayo de aquella luz que es la verdadera imagen de la hermosura angélica comunicada a ella, de la cual también ella después comunica al cuerpo una delgada y flaca sombra, y así este proceso adelante llega a estar ciega para las cosas terrenales, con grandes ojos para las celestiales, y alguna vez, cuando las virtudes o fuerzas que mueven el cuerpo se hallan por la continua contemplación apartadas de él u ocupadas de sueño, quedando de ellas entonces desembarazado y suelto de ellas, siente un cierto escondido olor de la verdadera hermosura angélica..."; y luego "el alma encendida en el santísimo fuego por el verdadero amor divino, vuela para unirse con la natura angélica, y no solamente en todo desampara a los sentidos y a la sensualidad con ellos; pero no tiene más necesidad del discurso de la razón; porque, transformada en ángel, entiende todas las cosas inteligibles, y sin velo o nube ve el ancho piélago de la hermosura divina y en sí le recibe, y recibíendole goza aquella suprema bienaventuranza, que a nuestros sentidos es incomprendible". "Cuán dulce llama, cuán suave abrasamiento debe ser el que hace de la fuente de la suprema y verdadera hermosura, que nunca crece ni mengua; siempre es hermosa y por sí misma, tanto en una parte cuanto en otra simplísima; solamente a sí semejante y no participante de ninguna otra, mas de tal manera hermosa, que todas las otras cosas hermosas, son hermosas porque de ella toman la hermosura." 2

Y tal fué el arrebato de Pietro Bembo, que Emilia Pía lo vió a punto de fenecer, y le dijo estas palabras:

"Guardad, Micer Pietro, que a vos con estos pensamientos no se os aparte el alma del cuerpo."

"Señora —respondió el caballero—; no sería el primer milagro que amor hubiese hecho en mí."

No es un místico el que habla, es un caballero galante, y el que transcribe sus frases no es sino un embajador en las más brillantes cortes italianas: amigo de Ludovico el Moro; servidor de Francisco Gonzaga, Duque de Mantua; cortesano al lado del de Urbino Guidobaldo da Montelfetro; embajador ante Enrique VII de Inglaterra, León X, Clemente VII y Carlos V. Pero si no místico, si está penetrado, profundamente, del neoplatonismo que arrebatava inteligencias y corazones, lo mismo de poetas como el Petrarca, que de caballeros, que de cardenales, que de místicos.

El Ficino tenía siempre ardiendo una lámpara de aceite ante el busto de Platón.

“El gran nombre de Platón —dice Sainz Rodríguez en su *Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España*— que ejerce un verdadero imperio en el pensamiento universal durante los primeros siglos de nuestra Era, ha de servir de bandera durante todo el tiempo a las manifestaciones de casi toda la Filosofía antiperipatética, y con elementos procedentes de su filosofía, mixtificados con otros de muy distintos orígenes, se han construido muchos de los sistemas de la mística posterior”. Estos elementos extraños concurren ya en la doctrina del pseudo Empédocles, y en la mente de Filón, Plotino, Porfirio, Jámblico y Proclo, adquieren cuerpo de doctrina para venir, en definitiva, a incorporarse a la mística cristiana en Clemente Alejandrino, San Agustín y el Pseudo Arcopagita.

Pero solamente los neoplatónicos proyectaban en el mundo el caudal de su doctrina: San Francisco de Asís había llenado los campos, las vegas, los bosques, con un reclamo dulcísimo de amor. “¡La inocencia lo puede todo! ¡Contemplad el mundo con ojos de alegría! ¡Amad a todos los seres!” “Laudate sie, mie Signore cum le tue creature”.

Y en España, cruce del Oriente y del Occidente, nacida al neoplatonismo antes de que los alejandrinos hicieran su aparición en Europa, con la escuela de Abenmasarra, ya se establece en las obras de Ibn Badja el triunfo de la razón sobre la naturaleza animal, y en la de Ibn Tofail se pretende resolver el problema de las relaciones entre el alma y Dios, como en la de Ibn Rosh o Averroes, comentador de Aristóteles, pero, según Paul Rousselot, “comentador voluntariamente infiel, discípulo del peripatetismo que se aparta, sin saberlo, de la doctrina de la Escuela”³ y que busca la unión del alma con el alma universal.

Por otra parte Ibn Gebirol, mejor conocido por Avicibrón, trataba en España misma de conciliar la Biblia con las *Eneadas*, la doctrina de la

emanación con la de un Dios personal, el panteísmo con el libre albedrío y Moisés-ben-Maimond, el célebre Maimónides, merece ser citado por Alberto el Grande y el propio Santo Tomás. "Amaba en sus ideas el comedimiento y la audacia, dice Rousselot.—Espíritu enciclopédico, se ha dicho que anuncia y prepara la *Suma* de Santo Tomás; filósofo, es el precursor de otro judío: Spinoza; intérprete de las Escrituras, las explica alegóricamente, quiere conciliar la razón y la revelación. Su procedimiento es una exégesis racional, atrevida, a la par que profunda. La figura de Luis de León, intérprete de los santos textos, tal vez pudiera evocarla aquí algo del pensamiento; pero es la única relación que puede encontrarse entre Maimónides y los españoles".⁴ Sin embargo, los judíos herederos de los árabes sientan sus reales en Toledo, Córdoba, Barcelona, y desde allí influyen en la escolástica. La doctrina semítica influyó en una de las figuras más nobles y esclarecidas del pensamiento español: la del filósofo mallorquín Raimundo Lulio, obsesionado por realizar una cruzada para aprender las lenguas orientales y predicar en ellas la doctrina cristiana a los mahometanos. Lingüista antes que filósofo, logra que Jaime II funde un colegio de lenguas orientales en Miramar, y que el Papa Honorio IV establezca otro en Roma. Enemigo del Averroísmo, presenta ante el concilio de Viéna una proposición condenándolo. París es el centro de la contienda y, sin embargo, está profundamente impregnado de las corrientes que partían del sistema murciano de Abenarabi: "Dios es el ser uno, infinito y eterno, absolutamente indeterminado en cuanto a su esencia y naturaleza. Sus atributos, *dignitates*, se identifican con su esencia hasta el punto de que no cabe concebir en ella multiplicidad alguna numérica. Sólo por aproximación cabe representar parcialmente su esencia mediante las perfecciones de las criaturas que son copias de las *dignitates* divinas".⁵ Espíritu inquieto, apunta ya en su obra el racionalismo científico que ha de tener marcada expresión en su discípulo Raimundo de Sabunde. Montaigne y Descartes se perfilan en el horizonte. Jiménez de Cisneros, el gran cardenal, escribía: "Tengo grande afición a todas las obras del Doctor Raimundo Lulio, doctor iluminadísimo, pues son de gran doctrina y utilidad, y así creed que en todo cuanto pueda proseguiré para que se publiquen y lean en todas las escuelas".⁶

Hemos mencionado al fundador de la Universidad de Alcalá de Henares. Estamos en plena época de los Reyes Católicos. Beatriz Galindo, *la latina*, enseña la clásica lengua en la Corte. El infante Don Juan cierra

CENTENARIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ

los ojos con la resignación de quien ha sabido de la muerte de Sócrates; la *Celestina* prende una nueva inquietud en la conciencia de sus lectores. La vida se concibe como lucha, "Todas las cosas ser creadas a manera de contienda o batalla". Colón descubre la América; la Cruz se planta en la ciudad de Granada; la imprenta multiplica las ediciones de los libros que escriben los contemporáneos o que aparecen en los rincones de las viejas bibliotecas. El hombre siente una ambición de recrearlo todo. La Edad Media se apaga en medio de una serie de diatribas contra las costumbres reinantes. Las danzas de la muerte han despertado al hombre a la vida. El deseo de gozar rompe todos los frenos. El Carnal triunfa sobre doña Cuaresma. Los moralistas hacen escuchar su voz, López de Ayala encuentra que

"La nave de San Pedro está
en gran perdición,
por nuestros pecados et
la nuestra ocasión", y los poetas

Fray Jacobo de Benavente lanza sus jaras contra los prelados que se enriquecen. El cardenal Jiménez de Cisnerós intentó la reforma de las órdenes monásticas con una energía y una actividad ejemplares. Muere cuando el Emperador Carlos V atraviesa España para tomar posesión de su Reino. La Reforma enciende su tea en Alemania. El individualismo renacentista ha encontrado su expresión religiosa en el protestantismo alemán. El suave resplandor renacentista se ahoga en el humo de la contienda.

Nuevas preocupaciones se apoderan de las conciencias. Libre examen, frente a infalibilidad del Papa; el libre albedrío y la predestinación como temas, no sólo de libros teológicos, sino aun de comedias y de dramas; la importancia de las buenas obras y la justificación por medio de la fe. Las órdenes monásticas reformadas, en parte, por Jiménez de Cisneros, se aprestan a la lucha, no sólo contra el protestante, sino aun entre sí, para definir importantes puntos de dogma y disciplina. Los teólogos españoles concurren al concilio de Trento e intervienen en él eficazmente. Aparece la Contra-reforma. Erasmo, que había tenido una popularidad ilimitada, se eclipsa. España asume la defensa del catolicismo y da fuerza al tribunal del Santo Oficio. La Compañía de Jesús se extiende por todo el mundo y se percibe a la lucha organizada militarmente. Santa Teresa y San Juan de la

Cruz emprenden la reforma de las órdenes monásticas. Surge el misticismo español.

El misticismo español es una de las tantas formas del espíritu de aventura que impulsó al español a conquistar tierras y descubrir mundos. Cansado de explorar en el terreno de la Geografía, desengañado por los resultados tan pobres que, a pesar de todo, se obtenían, preocupado por el problema fundamental de la salvación del alma propia y de las almas ajenas; atraído por el estruendo de la lucha que se empeñaba en el mundo, se dispuso a lanzarse a la conquista del cielo. ¿Por qué había realizado la conquista? ¿No la justificaban los teólogos como Francisco de Vitoria por el propósito de catequizar a los indios, convertir a los infieles? El peligro era mucho mayor ahora. La oración se había vuelto en pasiva. Los protestantes querían convertir a los cristianos a sangre y fuego. El mundo veía propagarse una doctrina que amenazaba romper la unidad de la Iglesia. El mundo occidental se dividía en dos bandos irreconciliables. El deber del español era combatir. El mundo, poblado de las quimeras de los libros de caballerías, se convertía en realidad. Había que penetrar en el alma, descubrir sus más recónditos secretos para predicarlos al profano; iniciarlo en los misterios de la contemplación divina y ganarlo para el combate.

La teología se escribía en latín: solamente podían penetrar en sus reconditeces los iniciados. El camino de la razón no estaba despejado para todos. Era peligroso aventurarse en sus esconces sin la guía de un conductor autorizado. Quedaba el de la ascética y el de la mística para los profanos. La primera da reglas de vida para alcanzar el estado perfecto. La segunda enseña el camino de la unión con Dios por medio del amor. Emplea un lenguaje cuajado de bellas metáforas, de sutiles conceptos. Emplea comparaciones gratas al hombre de la época. ¿Qué mejor manera de expresar ese afán de ascenso que nombrar a un libro *La escala espiritual*, como lo llama San Juan Climaco? ¿O de expresar ese afán de aventura que implica siempre el trasladarse de un lugar a otro que iniciar con San Buenaventura *El viaje del espíritu*? ¿O recordar la lucha con *El carcaj* de Hugo de San Víctor? ¿O usar de las *Siete armas espirituales contra el tentador*, que enarbola Santa Catalina de Bolonia? ¿O encerrarse en *El castillo interior* con Santa Teresa? Si le gusta la naturaleza y el paisaje, bañarse en *Los Torrentes* de Madame Guyón o, mejor, perderse en *La noche oscura del alma*, con San Juan de la Cruz.

CENTENARIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Cuando surge Santa Teresa, buena parte del camino ha sido andado. Ha comenzado por producirse obra ascética. Pablo Hurces ha escrito un *Arte de buen morir*, que se edita en Zaragoza en 1489; Rodrigo de Zamora ha escrito *El espejo de la vida humana*, en 1481; Pedro Jiménez de Prexam publica su *Lucero de la vida cristiana*, en 1493; de 1500 son el *Exercitatorio de la vida espiritual* de García de Cisneros; el *Carro de dos vidas*, de Gómez García, y las *Instituciones de la vida cristiana*, de Antonio García de Villalpando.

De 1500 a 1560 aparecen figuras representativas: Fray Hernando de Talavera, Fray Alonso de Madrid; Fray Francisco de Osuna, Fray Bernardino de Laredo; Fray Alejo Venegas; Fray Juan de Dueñas; Fray Pablo de León; el Beato Juan de Avila y Fray Luis de Granada, que abre ya la época de la mística carmelitana.

“Fémina inquieta y andariega” llamó el Tostado a Teresa de Jesús. Estas palabras caracterizan, admirablemente, a la Santa: Fémina, mujer. Todas las cualidades que pueden enaltecer un alma femenina: ingenio, agudeza, energía, buena disposición de ánimo, sobre todo llaneza. El siglo xvi estimaba, sobre todas las cosas, la carencia de afectación. El buen gusto para Isabel la Católica consistía, precisamente, en ello. “El que tiene buen gusto lleva carta de recomendación”, decía Isabel a los cortesanos. La afectación había de inspirar al barroco del siglo xvii sus mejores frutos. A pesar de ser fémina extraordinaria, y alcanzar los límites de la santidad, era humana. “Bendito sea Dios —decían las franciscanas descalzas de Madrid—, que hemos podido ver a una santa que todos podemos imitar; que habla, duerme y come como nosotras y conversa sin cumplimientos y melindres”. Mujer sensible, imaginativa, formó parte de la generación de mujeres españolas que se entregó en alma y cuerpo a la contemplación y al proselitismo religioso. En el siglo xvi, Doña Sancha de Carrillo seguía los consejos del beato Juan Avila y abandonaba la Corte; las hermanas Catalina y María de Sandoval se incorporan a la cruzada de Santa Teresa; Catalina de Cardona, aya de Don Juan de Austria, abandona, también, la Corte y busca en el desierto alcanzar la gloria. Mujeres de su tiempo, se lanzaban a la lucha con el mismo denuedo que los hombres. El Renacimiento las liberaba de los lazos que la Edad Media había puesto en espíritus y cuerpos para impedir la evasión.

Santa Teresa supera a todas. Hija de una hermosa mujer, Doña Beatriz Avila y Ahumada, de espíritu delicado y ensoñador, hereda de ella las mejores cualidades del alma de una mujer.

¡Férmina inquieta! ¿Quién no se dejaba poseer por la inquietud en ese siglo de lucha, en que el mundo se conmovía en sus cimientos, se partía en dos a impulso de un horrendo cataclismo espiritual? Inquieta por el destino de su raza; inquieta por el porvenir de una fe religiosa que se apagaba en las conciencias; inquieta por los hombres que se perdían en el mar de concupiscencias y errores que fueron patrimonio del siglo: "Miro que si vemos acá una persona que bien queremos en especial, con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida a compasión, y si es grande nos aprieta a nosotros: pues ver a un alma parar sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá que en fin se acabará con la vida y que ya tiene término aún nos mueve a tanta compasión, estotro que no lo tiene, no sé cómo podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo". 7 Así piensa de los luteranos. Inquietud que sólo tiene su sosiego en la muerte. El espíritu de aventura renacentista se convierte en renunciación, en afán de morir:

Vivir sin vivir en mí
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Ninguna mujer, ningún hombre, ha podido expresar con mayor belleza en un lenguaje tan inflamado como Teresa, las inquietudes del alma encerrada en su castillo interior.

Andariega. Sintió ese afán de acción desde pequeña. Conocido es el episodio que la misma Santa Teresa narra en su vida de la escapatoria a los siete años, con su hermano Rodrigo, para irse a tierra de moros y hallar en ella martirio. Don Francisco Cepeda, su tío, regresa a los prófugos de las murallas de la ciudad y "riñóles la madre de la ausencia y el hermano se excusaba diciendo que la niña le había incitado y hecho tomar aquel camino". Andariega como todos los hombres de su época; conquistadores y misioneros, poseídos del afán de llegar o perecer en la demanda. Teresa de Jesús no se dedicó solamente a la contemplación característica en su orden; fué activa, extraordinariamente activa, a pesar de que su cuerpo no la ayudaba en la empresa. Desde muy joven padeció

CENTENARIO DE SAN JUAN DE LA CRUZ

grave dolencia. Alguna vez su cuerpo es toda una llaga y, sin embargo, nada la detiene en su peregrinación a través de Castilla y Andalucía, fundando conventos o reformando los existentes. "No conquistó su santidad sin trabajo —dice Rousselot—; sería preciso, en fin, mostrarla trabajando sin descanso, durante veinte años, en el triunfo de su empresa, caminando sin cesar, corriendo de una a otra ciudad, de Medina del Campo a Valladolid, de Toledo a Salamanca, de Sevilla a Segovia, de Granada a Burgos, salvando todos los obstáculos, sinsabores, pobreza, desdenes, persecuciones, a fuerza de valor, de fe, de sacrificios; vida militante, humilde, abnegada y verdaderamente santa, practicando su divisa: *Sufrir, morir*". 8

No sólo camina: escribe incansablemente, lee. Su cultura está informada en lo mejor de los libros religiosos de la época: La Biblia, La Leyenda Dorada, San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio el Magno, Ludolfo de Sajonia, Kempis, Alfonso de Madrid, los *Abecedarios* de Fray Francisco de Osuna; Bernardino de Laredo, Antonio de Guevara, San Pedro de Alcántara, Fray Luis de Granada. "En cierto modo —dice Sainz Rodríguez— la doctrina mística de Santa Teresa es algo semejante en el misticismo a lo que fué la gran obra de organización y observación del mecanismo del entendimiento humano realizado por Aristóteles en su Lógica. *Las Moradas* viene a ser el órgano del misticismo cristiano". 9

Frente a la doctrina protestante de la omnipotencia de la fe como medio de salvación, Santa Teresa se pronuncia decididamente por la eficacia de las buenas obras, el valor de la caridad; al lado de la contemplación, la acción fecunda: "que aunque es vida más activa que contemplativa, y parecerá si le concede esta petición, cuando el alma está en este estado, nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María, porque en lo activo y que parece exterior obra lo interior... Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; que si ves a una enferma a quien puedas dar un alivio, no te dé nada perder esa compasión y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor, te duela a ti, y si fuera menester lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella como porque saber que su Señor quiere aquello". 10

Doctora por su ciencia, santa por su desprendimiento, deja honda huella en los espíritus que la siguieron: Fray Juan de la Misericordia buscó los mejores matices de su paleta para pintarnos el retrato de la Santa; San Juan de la Cruz fué discípulo fiel, el compañero decidido en la obra

de Reforma. La siguieron Fray Antonio de Heredia, Juan de Jesús Roca, representante suyo en Roma, Ambrosio Marián de San Benito "Soldado en San Quintín, doctor en Trento y, finalmente, carmelita descalzo". Pero el mismo Gracián y Juan de Jesús María la ayudaron en su obra reformista. Dejó honda y perenne huella en su siglo y en su tierra, por su personalidad egregia, por su simpatía humana, por sus obras, que "no nacieron para la calle, sino como desborde íntimo de un alma segura en su retiro de amor: fueron confesión susurrada para edificar en silencio a sus hijas espirituales. Sin la coacción que significa pensar en un público friamente crítico o privado de amor comprensivo, las frases se disparan irresponsables, escudadas en aquella patente de corso que les confiere el fontanar divino de donde manan"... 11 Bellas palabras para caracterizar la obra de la insigne monja, que brotan de la pluma de un escritor, no ortodoxo por cierto: Américo Castro.

Intimamente ligado a la obra de Santa Teresa, está San Juan de la Cruz, reformador de los conventos carmelitanos masculinos. Se encontraron, por primera vez ambos, en Medina del Campo, en el año de 1567. He aquí cómo describe Teresa la reunión: "Poco después acertó a venir allí un padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y él fué con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este padre hacía. Llámase Fray Juan de la Cruz. Yo alabé a Nuestro Señor, y hablándole contentóme mucho, y supe de él cómo se quería también ir a los cartujos. Yo le dije lo que pretendía y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio y el gran bien que sería, si había de mejorarse, ser en su misma orden, y cuánto más serviría al Señor. El me dió la palabra de hacerlo, con que no tardase mucho". 12 Después había de expresar la monja esta opinión: "Es demasiado refinado, espiritualiza hasta el exceso", en la que pinta, admirablemente, el carácter del gran poeta cuyo centenario se celebra en este año de 1942, que la humanidad recorre por un sangriento camino. En efecto, Juan de la Cruz nació en Fontiveros, en Avila; pertenecía a la estirpe de los Yepes, de buen linaje y acomodado. Su madre era hermosa. Se llamó Catalina Alvarez. Tal fué su discreción y belleza, que se prendó de ella el hidalgo de Yepes, y se casó, a pesar de la pobreza y humildad de la dama. En su juventud Juan fué carpintero, sastre y pintor, para subvenir a las nece-

sidades de una familia en la que había muerto ya el padre. Don Alonso Alvarez de Toledo lo toma bajo su protección y lo dedica a obras de beneficencia y caridad. Concorre al colegio de los jesuitas e inicia en él su formación intelectual y moral. Probablemente recibe lecciones del jesuita Juan Bonifacio. Aprende Latín, Filosofía, Botánica y Arte, e ingresa como novicio al Convento de Santa Ana, de Medina, a los veintiún años, con el nombre de Juan de Santo Matías. Se traslada a Salamanca y asiste al Colegio de San Andrés, de 1564 a 1568. ¿Conocería a Fray Luis de León, profesor por entonces, en la célebre Universidad? Es más que probable. La fama del agustino debe haber atraído la curiosidad del joven carmelita, poeta como él, aspirante a la vida contemplativa y viajero por el camino espinoso de la perfección. Ama la soledad y desea refugiarse en una orden más severa. Vuelve a pensar en la Cartuja. Cuando se encuentra con Santa Teresa, tiene veinticinco años. La entrevista con la Fundadora señala el camino que ha de seguir Fray Juan de Santo Matías, al encomendarle la fundación de Duruelo. De ahí en adelante, la acción de Fray Juan es decisiva en la reforma de los conventos carmelitanos. Maestro de novicios en Pastrana en 1570, Rector en Alcalá de Henares en 1571. Sufre persecución por los monjes de la orden, que no querían la reforma, los mitigados o los del "Paño", como los llamaba Teresa. "Arrojado en estrecha y oscura celda —dice Rousselot—, privado de movimientos por falta de espacio, de respirar por falta de aire, de leer por falta de luz, maltratado por un lego que hacía las veces de carcelero; insultado, ultrajado por todo el convento, sin alimento casi, cubierto de sórdidos andrajos, verdadero mártir de cuerpo y espíritu, nueva imagen de Job, fué sacado de su prisión transcurridos nueve meses, por intervención de Santa Teresa, dice su historia. La religiosa se había dirigido personalmente a Felipe II".¹³ Decía en efecto la Santa: "A mí me tienen muy lastimada verlos en sus manos que ha días que los desean, y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizás tuvieran más piedad. Y este fraile, tan siervo de Dios, está tan flaco, de lo mucho que ha padecido, que temo su vida".¹⁴ Abandona la cárcel la noche del 16 de agosto de 1578. Sufre nuevas persecuciones y se le destierra al Calvario en Beas de Segura. Ahí "los sábados y otras vísperas de fiestas tomaba su báculo y un compañero, y atravesando dos leguas de soledad y monte iba a la Villa de Beas a confesar y enseñar en el convento de descalzos carmelitas". Dirige el Convento de Baeza. Es prior del de Gra-

nada. La muerte de Santa Teresa, en 1582, produce grave quebranto en su alma y entorpece la reforma. Retirado al desierto de la Peñuela, escribe: "Las cosas que no dan gusto por buenas y adversas, y éste vese bien que no lo es, ni para mí ni para ninguno, pues en cuanto para mí es muy próspero, porque con libertad y descargo de almas puedo, si quiero, gozar de la paz, de la soledad y del fruto deleitable del olvido de sí y de todas las cosas; a los demás les está bien tenerme aparte, pues así estarán libres de las faltas que habían de hacer a cuenta de mi miseria".¹⁵ Ha llegado al más alto grado de perfección. En la soledad y el sufrimiento se ha acendrado su obra. *La Subida del Monte Carmelo, la Noche oscura del alma, el Cántico espiritual, la Llama de amor viva*, quedan ahí como ejemplos de lo que puede hacer el alma cuando se desprende de la envoltura terrena y llega a la crisis del éxtasis. El 14 de diciembre de 1591 se desprende de la cárcel el espíritu y realiza la perfecta unión con su Creador.

Recuerda el poeta a Hugo de San Víctor en la conocida metáfora del madero. "Porque el fuego material, en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzarlo a desecar, echándole la humedad fuera y haciéndole llorar el agua que en sí tiene. Luego lo va poniendo todo negro, oscuro y feo, yéndole secándole poco a poco, le va sacando a la luz y echándole fuera todos los accidentes feos y oscuros que tiene contrarios al fuego. Y, finalmente, comenzándole a inflamar por de fuera y calentarlo viene a transformarle en sí y ponerle tan hermoso como el mismo fuego. En el cual terminó ya de parte del madero, ninguna acción ni pasión hay propia del madero, salvo la cantidad y gravedad menos sutil que la del fuego, teniendo en sí las propiedades y acciones del fuego porque está seco y seco está caliente y caliente calienta; está claro y esclarece".¹⁶

El alma, para llegar a la cumbre de la perfección, debe desasirse todo aquello que sea extraño a su propio destino: "Lo primero que arroje a todos los dioses ajenos, que son todas las extrañas aficiones y asimientos; lo segundo, que se purifique del deajo que han dejado en el alma estos apetitos con la noche oscura del sentido que dijimos negándoles y arrepintiéndose ordenadamente; y lo tercero, que ha de tener para llegar a este monte alto es las vestiduras mudadas; las cuales, mediante la obra de las dos cosas primeras, se las mudará Dios de viejas a nuevas, poniendo en su alma un nuevo entender de Dios en Dios, dejando el viejo entender del hombre, y un nuevo amar a Dios en Dios, desnuda la volun-

tad de todos sus viejos querer y gustos de hombre y metiendo al alma en una nueva noticia y abismal deleite, echadas ya otras noticias e imágenes viejas aparte; y haciendo cesar todo lo que es del hombre viejo, que es la habilidad del ser natural y vistiéndole de nueva habilidad sobrenatural, según todas sus potencias. De manera que ya su obrar de humano se haya vuelto en divino". 17.

El místico "lleva sus consecuencias hasta el último límite y no tiene aquella claridad de exposición y aquel tan profundo sentido realista y práctico que caracteriza a la Santa. San Juan es —dice Sainz Rodríguez— el más grande temperamento metafísico de nuestros místicos, y sus conclusiones, al caracterizar a Dios, parecen, a ratos, un presentimiento de la filosofía de Hegel". 18

Como poeta, nadie ha sabido expresar como él, el inefable goce de la unión de la criatura con el Creador. La lengua, tan inepta para expresar emociones de tan subido linaje, se convierte en música celeste. A veces la frase se torna en balbuceo. No puede ser de otra manera. Pero este balbuceo está preñado de sugerencias. El temblor en la palabra no es sino la consecuencia del temblor del alma ante la presencia del Amado. Es el pasmo por la revelación de un misterio que las demás creaturas sólo entrevén, al seguir al poeta en su vuelo ascendente

En una noche oscura
con ansias en amores inflamada...

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

NOTAS

- 1 Pedro Sainz Rodríguez. *Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España*. Madrid, 1927.
- 2 Baltasar de Castiglione. *El Cortesano*. Traducción de Juan Boscaín.
- 3 Pablo Rousselot. *Los Místicos Españoles*. Barcelona, 1907.
- 4 Rousselot. *Op. cit.*
- 5 Sainz Rodríguez. *Op. cit.*
- 6 Jiménez de Cisneros. Carta a los Jurados de Mallorca. 1513.
- 7 Santa Teresa. *Vida*, c. 32.
- 8 Rousselot. *Op. cit.*
- 9 Sainz Rodríguez. *Op. cit.*
- 10 Santa Teresa. *Moradas*, c. V.

J U L I O J I M E N E Z R U E D A

- 11 Américo Castro. *Santa Teresa y otros Ensayos.*
- 12 Santa Teresa. *Libro de las Fundaciones, c. III.*
- 13 Rousselot. *Op. cit.*
- 14 Santa Teresa. *Carta a Felipe II.*
- 15 San Juan de la Cruz. *Cartas.*
- 16 San Juan de la Cruz. *Noche oscura del alma.*
- 17 San Juan de la Cruz. *Subida del Monte Carmelo.*
- 18 Sáinz Rodríguez. *Op. cit.*